

AL GORBEA EN TREN ELÉCTRICO

(HISTORIA DE UNA PALIZA)

POR FERO

¿Por qué algunos montañeros caminan tan deprisa en sus excursiones?

Yo tengo un amigo que se llama José Luis. Lo mismo podría llamarse «Oerlikon», «Brown & Boveri» o como cualquiera de las locomotoras eléctricas que corren por las ferrovías españolas. Porque el muchacho es una exhalación caminando. Yo, que no soy partidario de la velocidad en mis excursiones, he solido decirle que es una locomotora eléctrica de la serie 7.800, que son las que tienen mayor potencia.

Ahora, al ser electrificada la línea férrea Miranda-Bilbao y ver correr arriba del curso del Nervión a los limpios y raudos trenes, no he podido por menos que recordar una excursión que hice en abril de 1952 al Gorbea en tren eléctrico. Sí, sí, en tren eléctrico, no se sonrían ustedes.

El caso es que, primero tuvimos que tomar el ferrocarril Vascongado —que también es eléctrico, aunque no corre mucho— hasta Leona; luego, desde aquí hasta Villaro, en tranvía, también eléctrico, pero que parece más que de mulas de bueyes, por la exigua velocidad que desarrolla. Y desde Villaro hasta el Berretín, pasando por la cruz del Gorbea y con regreso a Eguiriñao, pude al fin comprobar que, también en España, había ferrocarriles rápidos.

Ya sabía yo para entonces que José Luis era una locomotora eléctrica. Lo que no sabía es que pertenecía a la serie 7.800. Aquel 10 de abril pude comprobarlo. A la salida de Villaro se nos unió Luciano, que, en todo el camino hasta la cima del Gorbea, no cesó de hablar un instante. En los viajes ferroviarios casi siempre hay un viajero que habla mucho.

Remolcado por la potente 7.800, bien pronto cogió velocidad nuestro tren. Yo veía pasar ante mis ojos arbustos y árboles con gran rapidez, mientras Luciano continuaba su infatigable charla. Yo estaba admirado de las facultades físicas de José Luis, y aún más de las de Luciano, dado el doble esfuerzo de éste. Y aún me admiraba otro tanto de las mías, por conseguir seguirles a tan endemoniada velocidad. Pero, era cuestión de amor propio: ¡no quedarme atrás.

Al cabo de unas dos horas y media de marcha, arribamos a Eguiriñao y me consolé pensando que nos detendríamos un rato, para desayunar, pero, ¡ay!, sólo paramos un par de minutos, como si aquello fuese una estación de segundo orden. Así pues, dejamos en el refugio las mochilas y proseguimos la marcha hacia el Berretín. Libre de carga, la 7.800 aumentó la velocidad. A mí, la verdad, se me hacía difícil seguirla. Luciano, en cambio, la seguía admirablemente y ello, sin dejar de charlar.

Al poco de salir de Eguiriñao, la pendiente se hizo más fuerte y pensé moderar el paso. Inútil. La 7.800 dio un tirón y con un silbido me conminó a seguir la marcha. Por aquello del amor propio, la seguí como un autómatas, y al cabo de pocos minutos —unos

PYRENAICA

veinte— llegábamos a la cúspide del patriarca vizcaíno, en la que pequeñas ráfagas de niebla pasaban raudas sobre la cima de su esbelta y «eifélica» cruz.

La amenaza de la niebla avivó en José Luis el deseo de volar más que de correr. Partimos en seguida, atravesando un nevero recostado en la vertiente sur del Gorbea. En el descenso, resbalamos sobre la dura nieve y lo bajamos en menos tiempo del previsto. Allí perdimos a Luciano; quedó detenido en la orilla superior del nevero. Y yo quedé entonces a merced de los potentes motores de la 7.800, que rugían con entusiasmo, mientras que yo jadeaba como una chocolatera de las más antiguas.

De todos modos, mientras fuimos cuesta abajo, todo fue relativamente bien, pero luego, cuando llegamos al collado que une y separa al Araza del Berretín y hubo que volver a subir, me fue imposible seguir su marcha y la 7.800 llegó a la cumbre de éste con varios minutos de ventaja.

No habíamos hecho más que llegar y depositar la tarjeta, cuando José Luis me hizo notar que el tiempo estaba muy inseguro, que el macizo de Gorbea podía llenarse de «morralla» de un momento a otro, que podríamos perdernos y que teníamos las mochilas en Eguiriñao. Este último razonamiento me despertó, pues en aquel momento estaba soñando en lo acogedor que debía ser Murguía, que se veía allá abajo y no muy lejos...

Retrocedimos hasta el collado Berretín-Araza, pero no volvimos por el itinerario de ida, sino que nos internamos en un bosque de hayas de pequeño porte, cuyas ramas tocaban el suelo muchas de ellas. Jamás he visto a una locomotora hacer lo que hizo aquel día la 7.800. Saltaba por encima de una rama, pasaba por debajo de otra, agachándose rápidamente; daba violentos recodos, agarrándose a los troncos de los árboles, para saltar en seguida otra rama y pasar por debajo de otra más. Yo seguía entre divertido y enojado los mismos movimientos que José Luis, quien volvía su sonriente y burlón rostro al propio tiempo que hacía todas aquellas piruetas. Entretanto, con las risotadas malhumoradas que daba yo por bajines, me iba desinflando como un globo de jueves.

Al salir del hayedo, la 7.800 se internó en un sotobosque de brezos de dos metros de altura; pasaba entre ellos con la agilidad de un ratón. Allí no pude más. Primero, me senté e inmediatamente estaba tendido en el suelo todo lo que me permitían los brezos. No sé el tiempo que estuve echado; lo cierto es que cuando salí del sotobosque vi, muy arriba, en la cima del Pagazuri, a la 7.800 que, con todo el juego de señales y moviendo los pantógrafos, me indicaba una dirección. Obedecí, y a los pocos minutos pude ver bastante cerca el recientemente inaugurado refugio de las neveras del Pagazuri, que era lo que José Luis deseaba que viese.

Subí luego por la loma de igual nombre y, cuando estaba llegando a su cumbre, la 7.800 salió de estampida, harta de esperar, sin duda. La veía en las curvas del Arroriano y se me antojaba que era yo el furgón de cola de un tren larguísimo, cuyas restantes unidades fuesen invisibles.

Al alcanzar el collado de Aldamiñoste, la 7.800 se lanzó «a tumba abierta», llegando a Eguiriñao en breves minutos. Poco después, entré yo en el refugio, me figuro que con la cara descompuesta, diciendo para mis adentros: «¡Ay, José Luis! ¡Qué paliza me has dado!» Pero tenía la satisfacción de haber viajado en un ferrocarril rápido, cosa poco frecuente en España. Habíamos cubierto la distancia Villaro-Berretín-Pagazuri-Eguiriñao en poco menos de cinco horas y media. Bastante menos de lo que tarda un expreso de Bilbao a Barcelona.

Desde entonces, al Gorbea y a cualquier otro monte, prefiero ir andando. Se saborea más el paisaje y es más descansado. Palabra.